

beres todos de la Religion, es la causa primordial y el manantial mas perenne del desorden de las costumbres públicas,

DISCURSO NONO.

Indecencia y dureza de las calumnias con que la Incredulidad porfia en deshonrar la Religion.

Me preguntáis ahora, Señor Vizconde, qué es lo que yo digo á todos esos terribles argumentos, que el fanatismo religioso ha suministrado á los incrédulos contra la santidad del Cristianismo. Digo pues á todo esto, que es preciso que nuestros filósofos tengan una prodigiosa confianza en su reputacion, ó bien que cuenten hasta lo sumo con la imbecilidad de aquellos que los escuchan, para haberse atrevido á presentar con seriedad este racioncinio, el mas absurdo y estúpido que ha salido jamas de la

boca de los mismos que ciega el odio de la verdad: *Millares de cristianos se han degollado: son sacerdotes los que han suscitado las turbulencias y estragos que manchan y afean la historia de la nacion: luego el Cristianismo es una Religion cruel y sediciosa.* Ciertamente os dejaría atónito, si llegase alguno á deciros en tono grave y enfático: *La conducta de los hombres no puede dejar de ser la práctica de su religion; y en la determinacion y egecucion de los mas atroces designios, todos los malvados de la tierra no consultan sino el espíritu y enseñanza del culto en que han nacido.*

De este principio tan estravagante se ha de valer la filosofía para sacar partido contra la Fe en el cuadro que le ofrece el fanatismo. ¿Podeis concebir, hablando ingenuamente, có-

mo ha podido venirle al pensamiento á un hombre que goza de su sano juicio, oponer á la sabiduría del Evangelio unos crímenes, cuya idea ha nacido del mas profundo olvido de sus preceptos, y que á los foragidos que los perpetran, fulmina la Religion todos sus anatemas.

Montesquieu era un filósofo, que sin contradiccion valia tanto como los de nuestro *grande siglo de luces*; ni menos ignoraba las deplorables catástrofes de las épocas de vértigo y de fanatismo; sin embargo se ha guardado bien de descubrir en el espíritu y leyes del Cristianismo los principios del desorden y desolacion; pues era muy grande hombre para ver los males que han afligido al estado fuera de su verdadero origen, y muy hombre de bien para prestar su pluma á la iniquidad y á la calumnia.

Unos verdaderos cristianos , nos dice , serian ciudadanos sumamente ilustrados en sus deberes , y los animaria un grande celo en cumplirlos. Cuanto mas creyesen deber á la Religion , mas creerian deber á la patria..... Cosa bien admirable. El Cristianismo que parece no tener otro obgeto que la felicidad de la otra vida , hace tambien nuestra dicha y ventura en esta ¹.

Son sacerdotes , dicen , los que han derramado la sangre humana á nombre del Dios de la paz. Lo concedo , porque quiero dejarles toda la ventaja de esta asercion histórica; pero estos sacerdotes eran esencialmente así como nuestros filósofos, unos desertores y apóstatas del Evangelio, y consiguientemente capaces

¹ Espíritu de las Leyes.

de todo mal ; estaban animados del espíritu cuya tradicion conserva con tanto esmero la filosofia , y pudiera tambien reclamarlos como á sus patriarcas y profetas. Cuando en nuestros dias por egemplo un sacerdote en una historia en verdad muy filosófica nos enseña con la mayor claridad y en el tono mas solemne , que el mismo embrutecimiento de la inteligencia humana nos hace creer unos dogmas incomprensibles y nos somete al despotismo de los reyes; cuando despues de haber discutido doctamente en otra parte las causas de la revolucion que libró las colonias de la América septentrional del yugo de la dominación británica , decide que todas las otras naciones han venido á tener las mismas razones de mostrarse agradecidas á los que las han dominado , y aspirar á la misma

independencia ¹; es facil discurrir en qué fuentes ha tomado máximas tan nobles , y si es el espíritu de la Fe, ó el de la filosofia , el que debe preciararse de tan sublimes y saludables descubrimientos ; y aquí podemos representarnos el espectáculo que nos ofreceria el mundo , si intentase hacer servir para su felicidad esas preciosas dádivas de la benignidad y tolerancia filosófica.

Todavía hay otro fanatismo mas monstruoso , pudiera decirse á los filósofos , y mas feroz que el que haceis recaer sobre el Cristianismo , y este es el vuestro. Nadie os aventaja en carácter díscolo y turbulento ; como se diese oidos á vuestra detestable doctrina , y se siguiese vuestros torcidos pasos , bien presto se viera

¹ Revolucion de la América.

la discordia en el seno de los pueblos, y la combustion por todo el universo. Los antiguos fanáticos eran unos filósofos imperfectos, solo sabian sublevar su pais , y su vista no se extendia mas allá de su siglo ; y habiéndoles cabido una corta porcion del espíritu, de que habeis hallado vosotros la perfeccion y la plenitud, fueron un mero bosquejo de lo que hoy puede llegar á ser todo el género humano, si quiere practicar vuestras abominables lecciones. ¡ Qué haceis pues vosotros cuando os deleitais en sacar á lucir de tantas maneras las escenas horriboras , en que la Religion ha servido de pretesto á un furor insano? Envi-leis vuestra propia genealogía , y cubris de ignominia á los primeros precursores del ministerio filosófico: removeis el cieno que ha engendrado todos los sistemas escandalosos y

turbulentos de que habeis inundado el mundo. En el reinado del fanatismo, así como en el de la Incredulidad, siempre es el vicio el que bajo diferentes formas lucha contra el orden y contra la verdad, disfrazándose con el colorido que toma del tiempo y de las circunstancias. Abroquelóse con la señal de la cruz en un siglo en que veía fermentar los negocios de la Religion, y como entonces era la edad de las convulsiones filosóficas, se aprovechó del gusto que dominaba por las luces y los nuevos descubrimientos, y propalando librar á la razon de sus preocupaciones, logró desconocerla, hizo vacilar toda autoridad, y aun los principios que la cimentaban, confundiendo y trastornando el orbe entero con el falaz aliciente de sus pérfidas promesas. El que escriba la historia

crítica del orgullo y del espíritu de independencia, hará descender de aquí en linea recta cuánto ha salido en el mundo de dañoso á su quietud; y la Incredulidad no dejaría de figurar en un punto de vista, en que no podría improperear al fanatismo su nacimiento; porque ambos son hijos de una misma familia; y por una y otra parte siempre es la depravacion humana la que se agita y atormenta bajo diversas apariencias, llamándose en un tiempo *celo de la Fe* y en otro *amor de la Verdad*. Todo es abuso y exceso, cuando logra la perversidad apoderarse de los entendimientos y disfrazar su deformidad y designios; salen de su esfera las ciencias y las virtudes; y los sentimientos más loables y sagrados estan sujetos á degenerar en los corazones de mas sana intencion, y superando

los límites por el soplo hipócrita de los malos, hacen derramar lágrimas y sangre á la sociedad.

Habiendo apurado todos los recursos de su antigua clemencia, han creído sin duda nuestros filósofos que podían desacreditar con su propia corrupción la santidad de la Fe, sobresaliendo en sus altares el horror de los desórdenes en que se habían precipitado aquellos hombres, seducidos é inspirados también por otros espíritus inquietos, sediciosos é interesados en desconcertarlo y perderlo todo, y que hoy serían las águilas del horizonte filosófico. Luego que dieron este paso, observóse una entera y pronta transformación en sus procedimientos; pues la precisión de calumniar y de exaltarse ha descolorido su estilo y apagado su carácter, dando á su lenguaje cierta aspereza

y rusticidad que se comunica á sus producciones mas indiferentes. Esta es la época y el origen de esa literatura áspera, sombría y fuliginosa que no se había conocido hasta entonces, que ha pervertido el gusto, descastado todas las reglas, oscurecido los principios, desfigurado los talentos, confundido todos los géneros de conocimientos, y cuyos efectos contagiosos é indelebles atestiguarán á todas las edades, que el espíritu filosófico es no menos la ruina de la razón, que el sepulcro de todas las virtudes.

Al estruendo de sus esplosiones y declamaciones virulentas, abrieron todos los ojos sobresaltados. Qué hombres! exclamaron mirándose con asombro, ¡y cuan temibles son las luces, si esto son las luces! ¡Y esta era aquella filosofía tan benigna,

tan blanda, que la comparaban á aquellos arroyos saludables que fertilizan sus márgenes? ¿Cómo un manantial tan puro se ha convertido repentinamente en un torrente implacable que amenaza inundarlo todo, y espumoso é irritado combate contra los diques que no puede derribar?

Y esta ha sido tambien otra falta de destreza, prevision y conocimiento de los móviles del corazon humano, que ha desbaratado todo el plan, y que ha acabado de revelar toda la miseria de la filosofía. ¿De dónde sino han dimanado tantos tropiezos y dieterios, despues de haberse anunciado con un carácter tan grande y magestuoso? Unos hombres que debiera escuchar el mundo con tanto respeto y docilidad, ¿cómo han podido desconocer la indispensable necesidad de mostrarle unas almas su-

blimes, inalterables, y sobre todo inaccesibles á las convulsiones vulgares del temperamento y exaltacion? Filosofía! si no podeis absolutamente curaros de la manía de mudar el aspecto de la tierra y de regenerar el género humano, presentadnos por lo menos la apariencia de las virtudes que inspiran confianza, y procurad imitar con mas propiedad la voz y la actitud de la verdad. Entended que esta no es sombría ni colérica, porque está superior á todo; no es grosera ni impetuosa, porque todo lo pesa y lo previene; y no es inquieta ni impaciente, porque es eterna y sobrevive á todas las cosas; y así con vuestra moderacion y agrado dareis importancia y dignidad á vuestra enseñanza. Si conoceis bien el carácter de la debilidad de los hombres, no esperareis de ellos sino

las contradicciones y la resistencia; y su indocilidad misma, lejos de inspirar enfado y aspereza á un filósofo, le dan motivo para mostrarse mas generoso y magnánimo. En la contemplacion deliciosa, y dulce posesion de los secretos que la verdad le revela, se consuela el verdadero filósofo de la ceguedad de los hombres, y de la inutilidad de los esfuerzos que emplea para ilustrarlos y hacerlos felices. Ella nos manda espresamente, que aspiremos con energía á establecer su imperio sobre la tierra, mas no á espensas de su propia gloria, la cual siempre sufre menoscabo de un celo precipitado y lleno de amargura. Si quereis hacerla triunfar de la ignorancia y de la preocupacion que la rechazan, haced que os vean afortunado en vuestro íntimo comercio con ella. Haciendo depender vues-

tro reposo de la docilidad y respeto de los hombres desestimais su poderosa influencia, y la haceis decaer del aprecio que se merece, porque el mundo que no la conoce, solo gradúa su valor y mérito por el carácter y demas cualidades que os comunica. Así pues, si os mostrais como el comun de los hombres, sujetos á las agitaciones del genio, á la pueril vivacidad de un corazon incesantemente inquieto y descontento, y á las inconsecuencias del mal humor, todos os temerán, y huirán de la luz por no semejaros, y tambien por no llegar á ser tan turbulentos y tan infelices.

Pasemos mas adelante: habeis sido educado como nosotros en los principios de la Fe, y no podeis desentenderos de amar y adorar los vínculos que nos unen á ella. ¡Y cuan-

escusables somos en esta estrecha é indeleble adhesion! ¡Nos hace caminar en una luz tan hermosa y apacible! ¡Nos abre una carrera tan dilatada, tan gloriosa y tan hechicera! Si os hubiesen conducido la prudencia y la humanidad, ¡con qué insinuaciones y por qué gradacion imperceptible nos hubieseis desprendido de una perspectiva y de una esperanza que eran las delicias de nuestra vida! Entended pues que esa Religion que habeis ultrajado á nuestra vista con tanta crueldad, es para nosotros el obgeto mas sagrado en todo el universo; desde nuestra infancia estamos acostumbrados á mirarla como el centro y el vínculo de todas las cosas; como el alma, sustentáculo y gloria principal del mundo; que nada apreciamos sin ella; que toda la naturaleza, todos los hombres y to-

das las cosas que han existido y existirán hasta el fin de los tiempos, no tienen á nuestros ojos otro valor, que el que les da esta Religion eterna que todo lo comprende, y á la cual se reune y tiende todo en el cielo y en la tierra; que apagando su antorcha en mi alma, me abandonais á todo el horror de la nada, me encuentro aislado y tengo miedo de mí mismo; y que de cuanto tiene relacion conmigo solo he podido saber, que soy el mas desgraciado y debil de todos los seres que contiene en su seno la naturaleza; que solo debo aguardar dolores, penas y terrores en el corto intervalo que separa la cuna en que despedí el primer gemido, hasta el sepulcro, cuya proximidad acibara todos los instantes de mi existencia, y que dentro de pocos y breves dias vendrá á devorarme y á tragarme.

Penetraos bien del sentimiento y lágrimas que debe costarme necesariamente el renunciar á una Religion en que me considero tan grande, y que me explica con tanto consuelo y tanta claridad todos los tristes misterios de mi mortalidad; y os lastimareis de nosotros en lugar de amedrentarnos con el estrépito de una cólera que no merecemos; y os acercareis á nosotros con la compasion que inspira la vista de un desventurado, á quien van á anunciarle la nueva mas lamentable. No es de un buen corazon oprimir con el peso de la indignacion y del vilipendio á los infelices, que va á sumirlos en la desesperacion la terrible verdad que vamos á descubrirles. Siendo así que tomáis la odiosa comision de decirnos que son vanas todas nuestras esperanzas, y que jamas lograremos esa felicidad á que

aspiramos con tanto anhelo y ardor, ¿por qué no os mostrais con una alma mas sensible y candorosa, que os concilie nuestro afecto y nuestra confianza? Desempeñaríais así mejor vuestro lúgubre encargo, y no con la inconcebible dureza de insultar el sueño encantador y seductivo que nos hacia pasar momentos tan deliciosos. ¡Qué medidas se toman de precaucion para sacar de su lisongero engaño al que se habia tenido siempre por el hijo de los reyes, y se le ha de manifestar que no ha sido mas que un sueño, y que su destino no son los cetros ni las coronas!

Jesucristo que habia venido á traer al mundo tan ricas promesas, y que tenia cosas tan grandes que revelar-nos; Jesucristo que nos anunciaba que nosotros éramos de la familia de Dios; que nuestro reino, no menos

que el suyo, no era de aquí bajo; que el universo con todas sus grandezas y tronos, y el cielo con sus inmensos espacios y todos sus mundos, no eran mas que un grano de polvo en comparacion de la escelencia y esplendor de una alma inmortal. Jesucristo que nos enseñaba que todo subsistia para el hombre justo; que la muerte del último de los escogidos seria la seña magestuosa y augusta del fin de los tiempos; que entonces los cielos, la tierra, todos los imperios y las potencias todas se aniquilarian, y nosotros, mas preciosos que todos esos grandes espectáculos, saldriamos gloriosos del seno de sus enormes ruinas para lanzarnos y vivir eternamente en nuestro inmutable origen. Jesucristo, digo, que tenia derechos de un carácter tan extraordinario, para la aceptacion y res-

peto de los hombres, lejos de irritarse de la dureza de sus corazones y de su ciego apego á unas tradiciones falaces, los cautiva con su mansedumbre, se los atrae y gana para sí insinuándose con toda delicadeza; los instruye y los escucha con paciencia, con moderacion y con una bondad de que hombre ninguno habia dado jamas egemplo. Si llega alguna vez á reconvenirlos ó quejarse de ellos, templa siempre su aspecto severo con algunos rasgos de sensibilidad, y acompaña con lágrimas y suspiros la prediccion de las desgracias que amenazan á los enemigos de su doctrina, obligándolos á confesar que no le mueve su propia gloria, y que en todo se propone el interes y felicidad de los hombres. Nada estraña ni le aturde, porque conoce profundamente la miseria humana; son imper-

turbables la igualdad de su agrado y la serenidad de su alma , porque él mismo es la verdad que anuncia, y la vida eterna que promete. Bien se conoce que dentro de sí mismo, y en la plenitud de la ciencia y sabiduría que viene á comunicarnos, descubre aquel *alimento invisible* y precioso, que como llama él mismo , *no conocen los hombres*, y que le inspira aquella superioridad enteramente divina que le consuela de todo , elevándole sobre los tiros de la contradiccion y de la mala voluntad; y siendo bastante fecundo y rico de su propio caudal, no le aflige lo que le falta de parte de los hombres , como aquellas almas mezquinas que las consterna su escasez, pues todo lo han de recibir de los otros. Toda la Judea conspirada contra su persona y contra su enseñanza , no entibia ni menoscaba su celo y su

amor á sus compatriotas: no *muda* jamas el tono de *su voz*; su lenguaje es constantemente del *padre* mas tierno; del *pastor* mas vigilante; del *amigo* mas ingenuo y generoso. Ocúpale el solo deseo de *dar su vida por ellos*; y á este deseo le da el nombre de *deseo de los deseos*; este deseo le abraza , le devora , le consume; este deseo absorbe todos sus pensamientos y todas sus acciones; este deseo le oprime y le *cierra* el corazon. No hay uno de los prodigios que obra para convencer al mundo de la verdad de su mision y de la divinidad de su doctrina, en que no resplandezca la beneficencia mas afectuosa; dirígense todos á remediar las necesidades, á consolar á los desgraciados; dar hartura á los menesterosos y enjugar las lágrimas, infundiendo la vida y el gozo en el seno de la naturaleza cons-

ternada; el cual es el carácter que menos sabe imitar ni sostener la filosofía.

Me he aprovechado, amado Vizconde mio, de las ocasiones que se han presentado de hablaros de Jesucristo, porque en verdad no le conocéis; pero contemplando su espíritu y su corazón, no podeis dejar de descubrir toda la perversidad de sus enemigos.

No es mi ánimo entrar aquí en una prolija esplicacion de la conducta que observaron los primeros Apóstoles de la Fe. Sabemos que San Pablo era violento y perseguidor mientras fue filósofo, esto es, el enemigo de la verdad, el protector de la hipocresia, el instrumento del orgullo y de la intolerancia farisaica. Convertido en Apostol de Jesucristo se desprende de aquella fiereza, y una caridad ina-

gotable y sin límites es ya el carácter esencial de su corazón; ni el peso de las cadenas, ni el fuego de las persecuciones, ni el veneno de la calumnia, pueden alterar por un solo momento la mansedumbre de sus sentimientos y de su lenguaje. Lleno de los secretos divinos, y en posesion de toda la *profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de de Dios*, se presenta á los hombres sin ostentacion y sin arrogancia; no le sorprende su ignorancia ni le exaspera su endurecimiento. Si las abominaciones de la idolatría le hacen *estremecer* de celo y horror en medio de Atenas, contiene aquel estremecimiento *dentro de si mismo*; y sin otras *armas* que las *de la paciencia* y de la mansedumbre, emprende engrandecer el nombre de Jesucristo entre las naciones, *anunciarle* delan-